—Porque la luna brilla para todos, replicó Reina sin perder su sonrisa, y el arquero que está en la plataforma.....

—¡Os ve! exclamó Aubry con voz ahogada por el terror interrumpiéndola.

—¡Sí! contestó Reina, ya prepara la ballesta.

—¡Huid! ¡oh! ¡huid!

Reina le hizo una señal de despedida con la mano, y se bajó.

Una saeta silbó, y saltó sobre las rocas.

Aubry se dejó caer en el fondo del calabozo. Luego volvió à agarrarse al àngulo saliente de la piedra.

—¡Reina! ¡Reina! gritó, ¡una palabra, por compasion!

Otra saeta fué á pegar en el extremo de la roca, rompiendo su punta, é hizo saltar una porcion de chispas.

Aubry sintió que su corazon cesaba de latir.

En aquel momento, en el silencio de la noche, una voz, lejana ya, subió hasta su celda.

La voz decia:

—¡Adios, Aubry!

Y Aubry se arrodilló, dando gracias á Dios como nunca lo habia hecho hasta entonces.

XII.

¿Cuándo va á ser la boda?

Juanillo habia permanecido mucho tiempo mirando á la Hada correr sobre el espejo de las aguas. Cuando la Hada desapareció, al fin, en la sombra proyectada por el Monte, pareció que Juanillo despertaba. Sacudió su linda cabellera, pesó con la mano la escarcela, y dió un soberbio salto. Su alegría aumentaba á medida que iba caminando con la nariz al viento y la cabeza erguida, como puede caminar un hombre opulento. La alegría le subia al cerebro.

Estaba embriagado de júbilo.

Tan pronto gesticulaba como un loco, como entonaba con toda la fuerza de sus pulmones unos villancicos aprendidos en la parroquia de Chevroueix. Otras veces tomaba carrera, daba un salto, golpeaba la arena con las dos manos extendidas, y volvia á caer sobre los piés. Y proseguia este ejercicio durante distancias de mas de media legua.

Todo el que haya viajado por nuestros caminos del Oeste habrá podido ver ejecutar esta habilidad á algunos jóvenes bajo las portezuelas de las diligencias. Esto se llama dar cabriolas, y Juanillo lo hacia de una manera admirable.

CAPILLA ALFONSINA

Cuando habia dado un salto de estos, echaba hácia atrás la masa de sus cabellos, que le cubrian el rostro, lanzaba una carcajada, y daba nuevos saltos y cabriolas.

Luego, de pronto, se pusó en jarras como el alabardero de la catedral de Dol, y marchaba contando sus pasos.

¡Vaya un hombre formal que parecia entonces! Con un juboncillo de lana parda, en vez de la piel de carnero, hubiera parecido un curial.

Pero la gravedad duraba muy poco.

¡Simoneta! ¡gentil Simoneta! pensaba en vos, y volvia á ponerse como loco!

Juanillo vivia en las Cuatro Salinas. Su anciana madre tenia allí una choza, en la que el viento entraba por todas partes.

En aquella noche Juanillo edificó una buena casa de adobes á su anciana madre.

En cuanto á él, ya sabemos que rara vez dormia en su casa.

En el extremo de la aldea de las Cuatro Salinas habia una alquería grande, y delante de esta, junto á la huerta, habia un monton de paja como seis veces la choza de la madre de Juanillo. Aquel era el verdadero domicilio del pescador de mariscos.

Habíase abierto un agujero muy cómodo en la paja, y dormia allí mejor que nadie.

Su madre tenia una cabra, y esta ocupaba en la hora el puesto de Juanillo. Por lo tanto, el pobre muchacho necesitaba buscar un albergue en otra parte.

Mas allá del monte Dol, en la colina de San Meloir, el alba teñia de blanco los contornos del horizonte cuando Juanillo llegó á su miserable lecho. Era demasiado temprano para presentarse en casa de Simon le Priol; Juanillo saltó de cabeza al monton de paja y se durmió en seguida.

¡Qué bien durmió y qué buenos sueños tuvo! Vió cirios encendidos para su boda en la iglesia de la aldea de San Jorge. Francisca la Labradora llevaba á su hija de la mano y la conducia al altar. Simon le Priol tenia su hermoso traje de los dias de fiesta, y Simoneta se sonreia maliciosamente con las mejillas teñidas de rubor.

Estaba muy contenta, tan contenta como el mismo Juanillo; ¡y en cuanto á hermosa, era cosa de ver!

Cuando Juanillo se dormia, era de veras. Salió el sol y se volvió á poner sin que interrumpiese su sueño.

Cuando despertó era de noche.

—¡Calla! dijo para sí, mucho tarda hoy en amanecer.

Salió del monton de paja, aguardando ver el sol.

Pero lo que salió fué la luna.

—¡Vamos! dijo Juanillo para sí, he echado un buen sueño. Es preciso correr á casa de Simon le Priol para pedirle la mano de su hija.

Juanillo anduvo alegremente el camino, pues llevaba la escarcela bajo su piel de carnero.

Llamó á la puerta de la casa de Simon.

—¡Hola! chicuelo, le dijo el labrador despues que hubo entrado; ¿desde cuándo llamas á las puertas como si fueses álguien!

A la verdad, Juanillo no tenia costumbre de llamar.

Hacia como los gatos: entraba sin meter ruido ni decir una palabra.

Si aquella noche habia llamado, era porque, en efecto, sin saberlo él mismo, Juanillo habia llegado á ser álguien.

—¡Buenos dias! Simon le Priol, dijo con las mejillas muy coloradas; buenos dias, señora Francisca y todos los de casa.

Todos los de casa eran las dos vacas, la negra y la roja, y

los cuatro cerdos; porque Simoneta estaba fuera, así como las muchachas y los mozos de labranza.

Francisca y Simon se miraron.

—¿Qué trae hoy el chicuelo? preguntó la labradora. Parece que está loco de contento.

—¿Estás enfermo, muchacho? preguntó Simon con acento bondadoso.

Juanillo no sabia si estaba enfermo ó bueno.

Su lengua se hallaba paralizada. Simon le Priol y su mujer le parecian en aquel momento mas imponentes que un rey y una reina.

No habia preparado su discurso.

Poco antes le parecia muy sencillo decir al entrar:

—¡Buenos dias!.... vengo para casarme con Simoneta.

A la sazon ya no podia hacerlo.

—¡Mujer! dijo Simon, está muy pálido y tiembla como si tuviera calentura. Dale una escudilla de sidra muy caliente para que se reanime.

—¡Oh! ¡gracias! murmuró Juanillo; pero á la verdad, señores, no tengo frio..... todo lo contrario..... aunque una escudilla de sidra no debe rehusarse..... Mas debo deciros una cosa que es menester que sepais ambos. Me ha venido una felicidad.

La puerta rechinó sobre sus goznes. La mandíbula de maese Gueffes se mostró en el umbral.

Fué una desgracia, porque Juanillo estaba ya disparado, é iba á ensartar todo su discurso de una vez.

Vicente Gueffes se tiró del mechon de pelo que le colgaba sobre la frente. Era su modo de saludar.

Luego se sentó junto al hogar en un tajo, é hizo á Juanillo una seña amistosa.

Desde por la mañana, maese Vicente atormentaba su cerebro para poder buscar un medio decente de hacer ahorcar al pescador de mariscos.

Juanillo se quedó con la boca abierta.

—Veamos, ¿qué es esa felicidad que te ha caido, hijo mio?

Juanillo se puso á retorcer los pelos de su piel de carnero.

Maese Gueffes vió que estorbaba, lo cual le causó un verdadero placer.

—Vamos, habla pronto, exclamó Simon. ¿Crees que tenemos tiempo para estarnos ocupando de tí toda la noche?

—¡Oh! no por cierto, maese Simon, contestó con humildad, aunque á no ser por vos no se me hubiera ocurrido la idea de.....

—¿Qué idea?

—La idea de los cincuenta escudos.

—¿Quieres vender, por ventura, la cabeza de nuestro buen señor? exclamó Francisca llena de indignacion.

Maese Vicente aguzó el oido, y lo tenia muy penetrante.

—¡Nada de eso! exclamó Juanillo enérgicamente. El jefe de los soldados me lo propuso, pero yo no entiendo de eso.

—¡Enhorabuena!

—¡Son otros escudos!..... repuso Juanillo, escudos..... Y bien, voy á deciros..... son escudos.

Y levantó la cabeza muy satisfecho de haber podido dar una explicacion tan categórica.

—Eso no nos indica.... comenzó á decir maese Vicente.

Pero Juanillo no le dejó concluir.

—Por lo que hace á vos, buen hombre, dijo con rudo acento, no se os habla. Y si quereis que hablemos los dos, id y aguardadme á la puerta.

Simon y su mujer volvieron á mirarse.

Aquel Juanillo, mas cobarde que las gallinas, era el que hablaba así.

Maese Gueffes trató de sonreirse, lo cual produjo una mueca muy fea.

Juanillo se volvió de nuevo hácia el labrador y la labradora.

—Mirad, dijo en forma de explicacion, no me gusta ese normando, porque siempre anda rondando á Simoneta.

—¿Y á tí qué te importa, chicuelo? preguntó Simon riendo.

El semblante de Juanillo manifestó la sorpresa mas sincera.

—¿Qué me importa? replicó; ¿segun eso aun no os he dicho nada desde que estamos charlando? Me importa, porque Simoneta es mi prometida.

Esta vez Simon y su mujer lanzaron una carcajada.

—¡Ay! el pobre Juanillo, exclamó Francisca sujetándose los vacíos, de seguro que ha pisado el trébol de cuatro hojas.

No se necesitaba tanto para desconcertar á Juanillo. Todo su valor decayó, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Diantre! dijo; puesto que solo se necesitan cincuenta escudos para poseer á Simoneta....

—¿Y á dónde has de ir á buscar los cincuenta escudos de Nantes, muchacho?

Juanillo sacó de debajo de la piel de carnero la escarcela de mallas finas, que brilló al reflejo del hogar.

Simon y su mujer abrieron desmesuradamente los ojos.

Maese Gueffes estiró el cuello para ver mejor.

—¿Qué es eso? preguntaron á la vez Simon y Francisca.

Juanillo se sonreia.

—¡Eh! ¡qué diantre! contesto; cuando se sujeta á la Hada de las playas, da todo lo que se la pide.

—¡La Hada de las playas! replicaron los dos buenos labradores sorprendidos.

Maese Simon le Priol se hallaba, en cierto modo, en la situacion de un charlatan que evocase fantasmas de carton para

entretener á los espectadores, y viese surgir de improviso un verdadero espectro.

—¡La Hada de las playas! repitió por segunda vez. ¡Pero si esos son cuentos de vieja, muchacho!

—¡Cómo! ¿la historia del caballero breton?...

—Fué un cuento.

Juanillo hizo sonar las monedas de oro que contenia la escarcela.

—¿Y esto, son cuentos? preguntó con aire de triunfo. El Hada de las playas bien puede trasportar al caballero al Monte durante la marea alta, puesto que me ha dado con que casarme con Simoneta.

Y esto diciendo, Juanillo abrió la escarcela é hizo brillar los escudos sobre la mesa de la granja.

Habia mas de cincuenta. Simon y Francisca estaban materialmente deslumbrados.

Maese Vicente permaneció inmóvil en su rincon, y decia para sí:

—¡Pues yo estado á punto de ser ahorcado por esos hermosos escudos nuevos!

Y volvió á decir hablando consigo mismo:

—La señorita tomaria la escarcela, y el chicuelo, trastornado por los cuentos de maese Simon, habrá corrido tras ella, y hé aquí todo.

Como se ve, maese Vicente era hombre de gran sentido comun.

Era imposible resumir mejor la historia que hemos referido en tantos capítulos.

Simon y su mujer estaban muy léjos de ver tan claro en aquellas tinieblas misteriosas.

Miraban los escudos con un aspecto muy poco tranquilo.

Pero al fin eran escudos.

A Simon le gustaban mucho, y tambien á Francisca.

Simon interrogó á su mujer con una mirada, y esta contestó:

—Ya ves, Juanillo es un chicuelo hermoso, no se puede decir otra cosa.

—En cuanto á eso es cierto, dijo Simon le Priol contemplando á Juanillo con atencion cual no lo habia hecho nunca.

—Tiene hermosos ojos azules ese chicuelo, añadió Francisca con tono casi cariñoso.

—Y unos cabellos rubios como una gloria, prosiguió diciendo Simon.

Juanillo, encarnado y loco de placer, se dejaba adular.

Maese Vicente se habia levantado muy despacio, y alzábase ya en el centro del grupo.

—Cuando va á ser la boda? dijo.

Era su acento tan irónico y burlon, que aquellos buenos labradores se estremecieron.

—Nada te importa, replicó Juanillo, pues tú no has de estar en ella. Vete.

Maese Gueffes se tiró de su mechon de pelo y se fué.

Desde el umbral de la puerta se volvió, y dijo sin incomodarse lo mas mínimo:

—Sí, por cierto, sí, por cierto, Juanillo. Te casarás con la soga, hijo mio, y yo estaré en tu boda.

Y desapareció, y se oyó fuera su ágria y chillona carcajada.

—¡Bah! dijo la labradora Francisca, eso son celos.

—Y despecho, añadió Simon le Priol.

E hizo sentar á Juanillo en el mejor sitio para hablar del casamiento, porque este era ya desde entonces asunto concluido. Los escudos permanecian sobre la mesa, cerca de la escarcela abierta.

. . . . . .

Sonó de improviso gran rumor en el campo.

Tocaban la trompa y los pasos de los caballos retumbaban sobre los guijarros.

Al mismo tiempo llegaban por el conducto de la chimenea vagos y lejanos clamores.

Simon, su mujer y Juanillo continuaban hablando del casamiento.

De pronto llamaron con violencia á la puerta.

—¡De órden de nuestro señor el duque!

Simon muy asustado corrió á abrir.

La Negra y la Roja lanzaban mugidos de espanto sobre la paja.

Entraron los hombres de armas de Meloir, mandados por Kerabel y conducidos por maese Vicente Gueffes. Detrás de ellos iba toda la aldea con los cuatro mozos de labranza y las muchachas de la granja.

Simoneta y su hermano Julian continuaban fuera.

—¿Qué quereis? preguntó Simon le Priol.

El arquero Merry le arrojó sin ceremonia al otro extremo de la estancia.

—Señores, dijo maese Vicente, hé aquí la escarcela y ved allí el ladron.

Y señalaba á Juanillo.

Todos los hombres de armas conocieron la escarcela del caballero Meloir.

Se apoderaron del pobre Juanillo y Kerabel dijo:

—Atad la soga al manzano que está en frente de la huerta.

Era justamente el manzano bajo el cual iba Juanillo por las noches á soñar con sus amores.

Ataron la soga para ahorcar al ladron.

Maese Vicente estaba detrás de Juanillo.

—Bien te dije yo, chicuelo, murmuró junto á su oido, que habia de estar en la boda.